

07

Miseria, explotación y barbarie en Iberoamérica a finales del siglo XX

Información internacional en *Amor, América* de Maruja Torres

Misery, exploitation, and barbarism in Latin America at the end of the 20th century
International information in Amor América
by Maruja Torres

Dr. Pedro Rivas Nieto

Facultad de Comunicación. Universidad Pontificia de Salamanca.

Resumen / Abstract

En este artículo se estudia la visión de Iberoamérica que se muestra en los textos de viajes de Maruja Torres y la crítica sociopolítica que en ellos aparece. La explotación de los indígenas y del continente, la barbarie como norma durante los regímenes autoritarios del siglo XX y la pobreza son las claves que definen la vida del sur y del centro del continente a finales del siglo pasado. Asimismo se analizan las relaciones entre la información internacional, la transnacional y el periodismo de viajes para ver su complementariedad.

This paper studies the view of Latin America shown in the travel texts by Maruja Torres, and the socio-political criticism appearing in them. Exploitation of native people and of the continent, barbarity as a general rule during the authoritarian regimes of the 20th century, and poverty are the defining keys of the South and Centre of the continent at the end of the past century. The article also analyzes the relationships between international information, transnational information and travel journalism in order to prove their complementarity.

Palabras clave / Key words

Información internacional. Iberoamérica. Periodismo de viajes. Explotación. Miseria.
International information. Latin America. Travel journalism. Exploitation. Poverty.

1. Breve apunte sobre la información internacional y el periodismo de viajes

Cuenta Kapuscinski que cuando era estudiante de Historia en la universidad se le plantearon dos salidas profesionales: dar clases o dedicarse a la investigación académica. Cualquier otro habría escogido lo más cómodo o lo más rentable pero él, que era un reportero nato, estaba fascinado por otro asunto: la historia *in statu nascendi*. A él le sedujo la historia que se desarrollaba ante sus propios ojos, la que el periodista puede observar y en cuya evolución puede participar (Kapucinski, 2004: 72). Y además tuvo la fortuna de que le tocara en suerte ser testigo de un proceso deslumbrante que marcó la segunda mitad del siglo XX, el de la liberación de los pueblos que vivían bajo sistemas coloniales (Kapucinski, 2003: 76).

La Conferencia de Bandung de 1955 marcó su vida y la del periodismo. Viajó mucho y lo hizo como reportero. Y el objetivo de sus viajes, como el del etnógrafo o el del antropólogo, era tener un mejor conocimiento del mundo, de la historia y de los cambios que se sucedían en la Tierra. Cubrió toda África -tenía a su cargo más de cuarenta países- y sus viajes aventureros, como los de todos los periodistas que salen de Europa o de Norteamérica, fueron fuente inagotable de penalidades. El mundo, aunque sólo fuera por las comunicaciones, estaba -y está- muy mal organizado y tan sólo la pasión -dice Kapuscinski- incitaba a dedicarse a profesión semejante. Sin ella no habría ningún motivo para viajar en las condiciones en las que se hace (2004: 74).

Esta vocación, esta inquietud, responde al deseo de compartir el saber adquirido, que en el periodista va de oficio. El reportero refleja la cultura que lo rodea. No tiene más misterio su labor; no hay explicaciones hermeneúticas. Como en el mundo de hoy no se libran grandes guerras ni estallan revoluciones que puedan cambiar el curso de la historia se vuelve muy importante lo habitual, lo cotidiano, pues la cotidianidad es lo que le ocurre al hombre en todo el mundo (Kapucinski, 2004: 78). El poder de la cultura no se ha debilitado pese a las batallas encarnizadas que han dañado otros aspectos de la vida. Por eso dice Kapuscinski:

Ahora, más que la revolución en sí, [...] interesa todo aquello que ha pasado antes [...]; más que el frente, aquello que ocurre detrás de sus líneas; más que la guerra, lo que pasará después de esa guerra. Podremos describir un golpe de Estado más, una rebelión más, un acontecimiento espectacular más, pero todo esto se repite y a la hora de la verdad no nos aclara nada. Por eso creo que deberíamos profundizar más, intentar descubrir las causas de las cosas, que, en mi opinión, hallaremos en la cultura [...] La cultura se manifiesta más claramente en la vida cotidiana que en los golpes de Estado. (2004: 79-80)

Es cierto. Así es el periodismo de quienes viajan para ahondar en lo profundo y no quedarse en la superficialidad de las declaraciones gubernamentales, de las notas de prensa de los gabinetes de los ministerios o de la neutralidad aparente de las oficinas de información diplomática. Los contenidos fundamentales del buen periodismo de viajes son sociales y no políticos porque en él interesa más la vida cotidiana que las instituciones políticas, el régimen o la forma de estado (Rivas, 2005). Cuando este periodismo habla de los gobernantes es para reflejar cómo vive el pueblo, qué se piensa en un lugar, qué se ve en las calles.

Sin embargo, las obras de viaje escritas por periodistas no desdeñan lo político, sino que lo complementan. Son la pieza fundamental para entender “el otro lado” que no puede aparecer en una crónica al uso. La frialdad del periodismo actual que se dedica a la política soslaya lo colorista, lo legendario o lo relacionado con la naturaleza aunque sean factores esenciales para entender la realidad de la que habla. Por eso los buenos libros de viajes escritos por periodistas -Kapusinski o, como en el caso que nos ocupa, Maruja Torres- no hacen caso omiso de lo político, sino que lo mejoran con los colores, las tradiciones, las fábulas o las quimeras que no encajan en los inexpresivos textos políticos a los que estamos habituados. Al fin y al cabo, la información internacional -lo que los periodistas relatan en sus viajes- es una versión moderna de la vieja narrativa aventurera que relataba los lances que acaecían en países lejanos. Los corresponsales o los reporteros hacen lo mismo que siglos antes hizo Marco Polo cuando recorrió la China al servicio del Gran Kan.

Ahora que el mundo está desestructurado hay información internacional, referida a las relaciones entre gobiernos, y hay información transnacional, que habla de la relación entre pueblos y personas (Colombo, 1997: 120). Y los periodistas que viajan por el mundo, que escriben crónicas y reportajes y que vuelcan en libros lo que no han podido escribir en la urgencia de la información diaria -esto es, lo más importante de lo aprendido: los misterios de las gentes y de las naciones por cuyas vidas han pasado- mezclan ambas. No en vano Colombo ha escrito que el periodismo tiene como causa y efecto de su trabajo la libertad (1997: 7).

El siglo XX, que pasará a la historia como el de los autoritarismos de la peor especie y el del mal humano (Hobsbawm, 1998), ha sido el siglo del periodismo que ha trascendido las fronteras. Y ha superado la vieja figura del corresponsal decimonónico, heredero legítimo de los grandes exploradores, que miraba al mundo como objeto mientras él y su civilización eran sujetos. Buena parte de la información se refería a problemas coloniales y a otras formas de conquista, y aquélla, hasta bien entrado el siglo XX, sirvió para reforzar la imagen imperial que estaba en el fondo del periodismo occidental (Smith, 1960: 23-24). Por fortuna, ya no es así.

En Maruja Torres se ve claramente el cambio. Quizá la vida y la obra del viejo Stanley -que cubrió la tercera guerra carlista en España o encontró en lo profundo de África a Livingstone pero, al mismo tiempo, era de gatillo fácil y partidario de la esclavitud- fueron más interesantes y más profusas, pero contribuyeron menos a romper tópicos. En *Amor, América* se desarrollan temas diversos pero me he centrado en el estudio de los desheredados, en la miseria y en la barbarie como parte de la vida cotidiana de América y en cómo ambas han forjado el talante y el ser de quienes la pueblan, especialmente de los pueblos amerindios. Estos son los asuntos decisivos para captar al carácter internacional y transnacional del periodismo de viajes y para comprender que lo más político del periodismo de viajes de Maruja Torres está al servicio de lo social.

2. Reportera ambulante. El viaje y el deseo de América

Para Maruja Torres viajar -y escribir de lo viajado- no sólo es una aventura o un placer, sino una forma de ganarle terreno a la soledad y de dar forma a los sueños. La cronista del corazón, la feminista comprometida, la inquieta escritora -que creció con Salgari, Verne, Dickens y Conrad (Rivas, 2005)- es, ante todo, periodista, y junto con su profesión lleva siempre el deseo de viajar para aprender de otros y conocerse mejor. La periodista, la enviada especial a las zonas más peligrosas del planeta, cree que el verdadero viajero mantiene una relación amorosa con las tierras que visita y con el hecho mismo de viajar. Y para Maruja Torres el mundo anhelado, la tierra adorada, es -junto al Líbano-, Iberoamérica. Aunque su profesión la haya llevado a destinos apasionantes como Oriente Próximo -recuérdense las aventuras vividas en Beirut o en el Golfo Pérsico, por ejemplo-, su "viaje personal" siempre añoró el continente del otro lado del Atlántico. Viajar es la única forma posible de saber algo más de sí misma; y de saldar una deuda pendiente con la tierra soñada. Dice de América y de ella misma lo siguiente:

Yo nací en el país que colonizó América y que no me la supo explicar. No era América la que asomaba a mis libros de texto, ni aquel amasijo de folclor y melodrama que me llegaba de la mano del franquismo. Claro que adoraba las películas de Jorge Negrete o María Félix, o de Zully Moreno y Arturo de Córdova, y claro que la voz de Inma Sumac me acercaba remotas altitudes, misteriosos vacíos. Pero la América que yo iba a amar no era aquello, o no era solamente aquello. (1996: 16)

Maruja Torres, que también cree que el viaje es interior², opina que el viaje, para ser tal, debe hacerse a través de las personas. Sólo se conoce un lugar si el viajero se adentra en sus gentes. Por eso, la periodista española, comprometida con la "causa de la gente corriente", preocupada por las formas larvadas de violencia que

han asolado el continente americano desde la colonización española y, especialmente, por los efectos de los regímenes autoritarios del último tercio del siglo XX, puede afirmar que la América que ama la conoció, antes que nada, a través de sus exiliados; los perseguidos uruguayos, chilenos y argentinos fueron sus primeros maestros (Torres, 1996: 18). Torres recorre el pasado y el presente de las tierras visitadas y, al hacerlo, se encuentra con el drama que lastra la vida de América.

Cuando se recorre un continente a través de quienes lo pueblan, de quienes han construido y heredado su historia, se percibe la esencia de esas tierras. No en vano cada país, cada paisaje y cada gente tienen su ley interior: Las personas y la naturaleza se parecen y las gentes de América son una prolongación suave de su paisaje. Maruja Torres cree que cuanto más se conoce a América, más grande e insondable parece y más se necesita conocerla (1996: 331). Por eso dice: "Sabía [...] que mi viaje por América no terminará jamás. Abro el balcón y América no está, y echarla en falta es mi forma de seguir en ella" (1996: 342).

3. Pobreza y marginación: miseria, indígenas y (falta de) compromiso

El principal problema del Continente es, en opinión de Maruja Torres, la dificultad que tienen las gentes más débiles para sobrevivir. Como asegura Torres, la pobreza, la miseria y la dura vida de los necesitados están presentes en todas las páginas de la obra (Rivas, 2005). La periodista, tras recorrer el Continente desde Chile hasta el Río Bravo -o Río Grande, según le dicen en los EE.UU.- ha visto todas las caras de la miseria. Escribe, con pesadumbre:

He visto a los hijos del agobio -que, como pudieron, llegaron [...] desde Guatemala, Honduras, Nicaragua o El Salvador- trampear en los vagones, esconderse en los retretes, agazaparse en los techos, sufrir los malos tratos y las baladronadas de la policía de fronteras. Les he visto huir, para reaparecer poco después e intentarlo de nuevo, porque entrar en Estados Unidos supone para muchos su única razón para vivir. (1996: 14-15)

Para los más pobres y frágiles el paraíso está al otro lado de esa orilla, en el límite entre la América hispanohablante y la anglohablante. Su huida es el desesperado salto al Primer Mundo. Algunos van a buscar lo que creen que se les debe; no en vano Torres cree que la endémica desindustrialización de América se debe a que nunca se permitió a los americanos manufacturar sus productos y a que aún siguen sometidos a las imposiciones del mercado exterior (Torres, 1996: 26). Y los americanos más pobres de entre los pobres suelen ser los indios, negados por la historia oficial, esencia del Continente cuyas raíces culturales son aún

nítidas y cuyas leyendas explican el ser y la historia de América mejor que los estudios académicos³. Entre ellos se encuentran las mayores bolsas de marginación y son quienes viajan hasta las principales ciudades de América para trabajar como subproletariado o subpeones y ganarse el sustento. Es una forma de resistir: Algunas leyes, como la *Ley de Protección Indígena para el Desarrollo*, de Chile, pese a su paternalismo, intentan adecentar sus vidas pero no lo logran porque en América todo aquello de lo que se pueda sacar beneficio es susceptible de ser expoliado⁴.

Estos “pobres de los pobres” reivindican permanentemente la tierra. Mantienen una actitud de señorío y de fusión con ella. La tierra no es una propiedad, algo que se compra, se vende o se posee, sino algo a lo que se pertenece y de lo que se forma parte. Al fin y al cabo, la naturaleza en América pone de manifiesto algunas características de los pueblos que la viven, quizá porque influye en las culturas que han crecido cercanas a ella. Para sobrevivir aprovechan viejos trucos, artes que en Occidente parecen espúreas, como la de consumir hojas de cocaína para prevenir el mareo y ahuyentar la fatiga⁵. Estas viejas recetas indias que han permitido resistir el hambre y la explotación (Torres, 1996: 86) son necesarias incluso en los países de América más prósperos y más cercanos a la visión occidental de las cosas, como la Argentina⁶. Dice Maruja Torres que la *América violada* está⁷ llena de muchachos de inteligencia despierta, alimentados con maíz y chicha -licor de maíz al que incluso se le añade amoníaco y huesos de muerto para que fermente más rápidamente- y reducidos a escribir la lengua castellana con palotes torcidos. “Si el mundo fuera indio -dice- sería un poco más suyo” (1996: 108).

Sobreviven como pueden y en el intento de salir a toda costa de su situación los más débiles no son a veces tan solidarios como debieran -o como creen que debieran serlo quienes no están en su misma situación-. La pobreza trastoca los valores y favorece un hecho desterrado del ideario de los hombres honrados y bien comidos, a saber: cada hombre debe solucionar sus propios asuntos. Por eso el pobre, en una forma desesperada de “sálvese quien pueda”, también explota al pobre. Los empleados de los trenes que cruzan América de norte a sur -y que en otro tiempo fueron columna vertebral del desarrollo y de las comunicaciones- asumen con naturalidad su papel de explotadores. Como una mafia organizada de hombres sin pretensiones se quedan con parte de los productos de las mujeres que se dedican al *contrabando de hormiga*⁸. Al fin y al cabo, la “ilegalidad” de los actos de esas mujeres les impide denunciarlos y defenderse de su codicia.

Hay que tener en cuenta un factor importantísimo para entender el problema de la pobreza: si se destruye aquello que conlleva progreso, el progreso desaparece.

Y en América es la historia del ferrocarril la que está ligada tanto al desarrollo como al oprobio de los pueblos; no en vano el tren -al que el general Pablo González llamaba el "caballo de acero de la revolución"- fue pieza fundamental de la revolución mexicana. Los trenes son en América muestra de la salud del país, de su economía y del estado en que vive la nación. Allí los trenes tienen historia⁹ y en América Latina la historia del tren es también la de la explotación de cada país, porque el trazado viario servía para que las compañías foráneas se llevaran las materias primas que necesitaban, y los trenes, por lo general, comunicaban minas, plantaciones de banano, cacaoales y cafetales con los puertos en donde se embarcaba aquella riqueza destinada a otros. Apenas sirvieron para comunicar a los pueblos y mucho menos para enlazar países (Torres, 1996: 26).

Si se repasa la historia de América se comprueba que quienes construyeron las vías férreas fueron los colonizadores y los inversores extranjeros. En Colombia, por ejemplo, el tren fue la obra de ingeniería más grande que emprendió el Estado colombiano; en la Argentina fueron los ingleses, que eran los propietarios tanto de los frigoríficos que guardaban las reses como de la carne, quienes las construyeron. Sin embargo, de los 45.000 kilómetros de vías que había en el país actualmente quedan menos de la mitad¹⁰, aunque tanto la Argentina como su capital, una ciudad muy del gusto europeo edificada en torno al Río de la Plata por los potentados, no se explican sin el ferrocarril. Quizá en América los trenes se echan al olvido por su peculiar historia, ya que con frecuencia se ganaron a cambio de territorios. El presente que Bolivia recibió de Argentina cuando ésta se anexionó parte del Chaco fue un tren; cuando Brasil, en 1903, se quedó con el Acre, Bolivia recibió la línea que va desde Madeira hasta Mamoré, y que jamás alcanzó su destino final, Riberalta. Tras la Guerra del Pacífico -en el último cuarto del siglo XIX- Chile arrebató a Bolivia el desierto de Atacama, rico en nitrato, y el puerto de Antofagasta, su única salida al mar; y en magra compensación los chilenos construyeron el ferrocarril que va de Arica a La Paz. Los trenes están manchados de cierta "ilegitimidad" de origen.

Sin embargo, para algunas gentes el tren es su medio de vida. No sólo para los maquinistas, revisores y gentes vinculadas a él directamente, sino para los ciudadanos humildes que lo necesitan para subsistir. Por toda América hay gentes que cruzan fronteras tan sólo para comprar productos de primera necesidad que no existen en su tierra y, gracias al tren, regresan a sus hogares, los venden, y obtiene un poco de dinero para vivir. Es el cuento de nunca acabar para miles de familias humildes. Todos los trenes se usan en Hispanoamérica como medio de subsistencia. Sobre todo desde la Argentina hasta México, la parte más pobre del Continente, siempre azotada por los escándalos, la corrupción política, el abuso de los indígenas y la opresión. El tren es el eje de la economía de subsistencia

de los más afortunados de entre los desgraciados. Por eso, cuando muera el tren, muchos pueblos también lo harán. En América el ferrocarril no sólo permite sobrevivir a muchas familias, sino a muchos pueblos. La pobreza, el subdesarrollo y la falta de oportunidades se vinculan con el tren, con su ausencia o su presencia. Maruja Torres cree que si a América le falta el tren, tendrá que enfrentarse a nuevas formas de pobreza. No en vano el tren es una alegoría, una metáfora de la difícil vida de América (Torres, 1996: 336-337).

Todo esto ocurre con la complicidad o la desidia de los gobernantes y de los magnates del comercio, que en muchas zonas de Iberoamérica son los mismos. Un ejemplo lo constituye Bolivia, en donde el estaño sustituyó a la plata que se llevaron los españoles -recuérdese el famoso Cerro Rico de la ciudad de Potosí- y a aquél sustituyó el zinc, el tungsteno y el litio, que atrae a los inversores de fuera del país. Ahora los gigantes supranacionales entran en el Continente al olor de sus riquezas minerales. La riqueza de dirigentes y potentados crece con la miseria de los pobres, que a veces se rebelan, como ocurrió en aquel país en 1986, en donde los mineros gritaban que preferían que los mataran a morir de hambre. Sobrevivieron gracias al recurso de las ollas comunes, que es una forma -existe, pese a lo dicho antes- de vivir la solidaridad en la miseria. Bien mirado, la lógica que inspira los actos de los pobres y la de los ricos no es la misma, porque, como afirma la periodista en crudas y controvertidas palabras:

En Estados Unidos un padre se preocupa porque a su hijo le venden droga en la escuela. En América Latina un padre cultiva coca para que su hijo vaya a la escuela. O, simplemente, para que coma. (1996: 121)

La pobreza rompe de nuevo el orden establecido de valores. Y Maruja Torres, al contarlo, al hacer partícipes a sus lectores de este sencillo misterio de la vida americana, se dedica a hacer información transnacional. Su viaje y su relato sirven para relacionar a los pueblos y a las personas distantes. Por eso cree la periodista -y con ella buena parte de sus lectores, cuyo conocimiento del mundo ha mejorado- que es normal que los pobres hagan cualquier cosa para poder vivir, aunque no se guarde el decoro. En Lima, por ejemplo, en donde asegura la periodista que los criollos son los más alejados de la realidad indígena de la América que ella conoce (1996: 167), la miseria es máxima. Las gentes acomodadas no saben siquiera en qué condiciones viven sus empleados del hogar; y la lealtad de estos hacia sus empleadores es mínima. De esto se nutren los terroristas pues la miseria rompe el orden social y derrumba los valores de cualquier sociedad. Y la podredumbre moral descompone a los países. Resulta difícil volver a colocar las cosas en su sitio en donde nada importa. Allá en donde todo el mundo se preocu-

pa sólo de sí se degrada lo humano y lo humano degradado -que contrasta con la hermosura natural de América- enemista aún más a los pobres con los pobres. La viajera lo ve con sus propios ojos en los *pueblos jóvenes* de Lima. Las gentes que han llegado del campo -para disgusto de la clase media, que los ve como invasores que reducen sus posibilidades- se hacinan en los extrarradios de la ciudad. Cuenta la periodista, que junto a los *caños negros* de cuyas aguas contaminadas se nutren los habitantes de esas zonas:

Las mujeres llevaban a sus hijos para limpiarlos, y ellas mismas se aseaban como podían, olvidando el pudor por la más perentoria necesidad [...] Junto a la embocadura, el cadáver de un perro mostraba ya la mitad de su esqueleto, y sus ojos eran dos nidos de moscas. Sin prestarle atención, las mujeres se afanaban en una mecánica rigurosa, la triste historia de todo pobre en cualquier lugar del mundo: no perder el tiempo. (1996: 172)

Tanta es la pobreza que hasta la propia vida y la de los hijos es mercancía susceptible de compraventa. En Perú, por ejemplo, se venden clandestinamente unos 1.500 niños al año. Una adopción legal cuesta 15.000 dólares y tarda mucho; en cambio, comprar un pequeño en una de las numerosas casas de *cebamiento* -así se llaman porque en ellas se les alimenta y se les pone presentables para el mercado- sale por 2.500 dólares. La diferencia se justifica por las *coimas* -comisiones- que corresponden a abogados, jueces, médicos y burócratas (Torres, 1996: 172-173). Por eso la periodista se plantea algo que suena atroz para los bienpensantes o los acomodados: no es cruel que una madre venda a su hijo aún no nacido a una familia. ¿Acaso es algo desalmado si eso asegura un porvenir para el niño? ¿Es cruel para una madre “vender” a un hijo si sabe que las posibilidades de que crezca sano, bien cuidado y feliz son mayores con otra familia que con ella? Maruja Torres lo plantea como una posibilidad razonable. Quienes no tienen nada que perder no tienen demasiadas opciones en la vida pues siempre son los débiles los que más sufren la pobreza. En Hispanoamérica, semejante castigo recae sobre los niños¹¹. Ellos, como las mujeres, padecen más los efectos de la miseria y del abuso. Por eso, las niñas indias son las que más sufren. No es raro que en América tanto las familias como la sociedad se esfuercen en sacar adelante a los varones y posterguen a las mujeres. A veces son las mismas mujeres las que niegan parte de su potencial por creer que las opiniones que los hombres tienen de ellas son ciertas. Como otra periodista viajera afirmaba en *Los excluidos*, las mujeres son el sur del sur, el Tercer Mundo del Tercer Mundo (Sarmiento, 2000). Ellas sacan adelante a las sociedades que, al mismo tiempo, las convierten en víctimas. Es una muestra clara de la “feminización de la pobreza”, tendencia cada vez más fortalecida a comienzos del siglo XXI (Rivas, 2005: 85).

Torres culpa de buena parte de esto a las instituciones consolidadas en Occidente y a los países poderosos, porque en buena medida los considera responsables de la miseria tanto de las naciones prósperas -Costa Rica, verbigracia- como de la de las desafortunadas, como Guatemala. Allá se han amasado fortunas inmensas por el simple procedimiento de quitarles la tierra a los indígenas y ponerles a trabajar a un dólar por jornada, con la aquiescencia de quienes detentan el poder. Hay haciendas en donde se les entrega como salario un vale que sólo pueden canjear en las tiendas de los hacendados por frijoles y alcohol, y los sicarios vigilan armados para que nadie proteste¹². Cabe recordar que en ese país el 85% de sus habitantes sufre pobreza y de ellos el 60% se encuentra en la miseria absoluta. El 63% de la población es analfabeta. La esperanza de vida del indio es de 49 años; la de la mujer india, 47 (Torres, 1996: 306). Eso en el caso -dice Torres- de que no los maten antes (1996: 306).

Los más débiles perecen, al más puro estilo darwinista. Porque el darwinismo social se impone en todos los rincones de América. Los mismos tratados internacionales que rompen fronteras y pretenden servir al bienestar del Continente - el Tratado de Libre Comercio entre México, Canadá y los Estados Unidos, por ejemplo- inundan los mercados de productos e ideas de los poderosos, y perjudican a quienes apenas tienen para comer o viven en régimen de semiesclavitud, como los guatemaltecos recién descritos. Son las paradojas de la libertad de comercio, de la eliminación de las barreras que, frecuentemente, se palpan con claridad en las zonas urbanas, en donde las gentes se amontonan en lugares terribles, como los extrarradios de México Distrito Federal; es el reflejo de una particular forma de entender la democracia (Rivas, 2005).

En América no son pocos los que piensan que es posible mejorar esta situación. La situación de los desheredados debe cambiar por el bien de todos y hay quienes afirman que sólo puede mejorarse la vida de los pobres con información y educación. Es el viejo principio ilustrado que inspiró el pensamiento y la acción de los prohombres de Occidente. El estado profundo de injusticia en que se vive en muchos países americanos obliga a su más inteligente juventud a quemarse en la ardua tarea de tratar de restituir el equilibrio. Las Escuelas Radiofónicas Populares de Ecuador (ERPE) son buen ejemplo de lucha constante y pacífica en la defensa de quienes más lo necesitan. Monseñor Leonidas Proaño, antiguo obispo de Ecuador y candidato al Premio Nobel de la Paz en 1986, fundó ya en 1962 una cadena de emisoras que no sólo transmite el mensaje evangélico, sino que se dedica al trabajo social, especialmente a paliar el aislamiento de los indígenas. Cree Maruja Torres que su causa -el compromiso con los desheredados- es el camino correcto, y una de las instituciones que lo hace es la Iglesia. Es cercana a los pobres en Iberoamérica pues trabaja firmemente con el pueblo, especialmente la

Compañía de Jesús. Remueve las conciencias al amparo de la Teología de la Liberación, que, en palabras de Torres, es la que predica que la verdadera comunión es la que establece la igualdad entre los hombres, y el verdadero Cristo el que derrama luz sobre la injusticia (1996: 126). Sólo la labor recta y concienzuda de muchos sacerdotes -que viven entre los suyos y que a menudo mueren con ellos- y de gentes comprometidas con la causa de los pobres puede mejorar la vida de las gentes, porque en opinión de Torres el Vaticano está lejos de la realidad americana. Es la única manera de que la “Iglesia de los Pobres” pueda defenderse de la invasión de adineradas sectas estadounidenses que predicán la resignación (1996: 127). Estas ideas reflejan la crudeza de una América desterrada de sí misma, en la que a veces, en las paredes de sus iglesias, aparecen pintadas de contenido tan agrio y claro como el que sigue “Vine a comulgar porque tenía hambre”.

4. Violencia política y sociedad civil. La barbarie y el abuso en Latinoamérica

En la América de proverbial belleza natural, de riqueza etnográfica, de leyendas y mitos, hay sitio sobrado para la barbarie y la violencia. Prolifera en las tierras menos desarrolladas, en donde las leyes amparan menos a los débiles. Es un Continente en cuya historia, ya fuera en tiempos precolombinos (Todorov, 1987), durante la conquista española (Díaz del Castillo, 1928) o en el período posterior (Sebbeli, 1992) la sangre ha manado a raudales. A veces forma parte incluso de la vida cotidiana de muchas gentes, que no tienen más remedio que aprender a convivir con ella. Y la barbarie habitual, la que acompaña a los ciudadanos normales, ha florecido de forma espectacular en la segunda mitad del siglo XX, con los regímenes militares que atenazaron al Continente casi por entero. Tanto es así que en los estudios sobre el Estado moderno y sus formas de violencia suele hablarse de las peculiaridades de América¹³.

Un ejemplo lo constituye el Chile de tiempos de Pinochet, en donde, según la periodista, la resistencia contra la dictadura y las simientes de la solidaridad crecían en las bolsas de pobreza y marginación. Era en los pobres en quienes se cebaba la violencia del régimen, cuya fiereza aumentó a mediados de los años ochenta (Rivas, 2005)¹⁴ tras el fallido intento de acabar con Pinochet. O eso era lo que le decían quienes tenían algo que denunciar: los familiares de los desaparecidos, las mujeres de la olla común, los curas obreros (1996: 32). La crueldad de los poderosos y la superficialidad y soberbia del régimen se manifestaba incluso en las conversaciones¹⁵, desconsideradas para con los sufrientes, equivocadas en los motivos de lo que llamaban “revueltas”, confundidas al justificar la depravación de quienes acababan con las vidas y libertades de los más desgraciados. En lugares

como el cementerio municipal de Santiago de Chile, por ejemplo, se pueden ver las huellas de la barbarie en los cientos de cruces con la inscripción NN *-non nato-* de personas sin identificación ni historia, a las que seres anónimos aún ponen flores el día de los difuntos preguntándose si debajo estarán los restos de sus seres queridos. El régimen marcó por completo las vidas de los chilenos (Comblin, 1979: 123-127).

Y, como ocurre con la pobreza, son los indios los que también han padecido y aún padecen en carne propia, más que otras gentes, la violencia física de los regímenes autoritarios. Si bien los españoles no pudieron doblegar a los mapuches en Chile, los criollos pacificaron la Araucanía mediante matanzas. Pinochet mandó bombardear con napalm algunos de sus asentamientos y se calcula que el 80% de los presos en las cárceles del sur eran mapuches (Verdugo, 1989). Los descendientes del mítico Lautaro son aún un millón de personas en el sur del país. Y, por si fuera poco, dice Torres:

También decidió el dictador, por decreto, que no había indios en este país. Es una antigua manía criolla, la de firmar documentos para atribuirse supuestas sangres puras y falsas hidalguías, para negar la realidad y establecer la farsa. (1996: 50)

Sin embargo, como afirman algunos dirigentes indios de forma muy gráfica, nunca llegaron a “bajarles la cresta”, pues aunque no escribieron libros, pasaron el consejo de padres a hijos. Por eso muchos indios en América, pese a tener motivos para el rencor, sólo muestran un fondo de amargura que se remonta a los tiempos del saqueo de los colonizadores. Creen que la violencia ejercida contra ellos tiene su origen en aquellos remotos tiempos, en los que comenzó su historia de explotación. Como cuando el Vaticano, a instancias de los españoles, prohibió cultivar y consumir la quinua, un cereal de elevado contenido proteínico, por considerarlo subversivo ya que mantenía fuertes a los indios y más difíciles de someter (Torres, 1996: 158). O cuando el sombrero del indio boliviano -del que nunca se despoja porque en nuestros tiempos es una seña de identidad- llegó de Europa llevado por mercaderes y colonizadores a modo de marca de ganado.

La barbarie es especialmente palpable en el Perú, cuya Historia reciente ha estado marcada por el oprobio y la injusticia (Manrique, 1993: 5-37). Aunque hay más desarrollo que en otras zonas de América también hay más crueldad, y esto lo comprueba la periodista nada más cruzar la frontera. Perú entero fue cautivo de la violencia (1996: 142). Ella misma, en 1989, padeció su efecto cuando fue a reportear a Ayacucho y hubo de abandonar el país por la presión a la que la sometió el Ejército y el temor a que la asesinaran. Por eso llega a comparar Lima

con Beirut, en donde la violencia recrudecida era una constante y alcanzaba incluso a sus barrios altos. En ella Sendero Luminoso, al igual que los paramilitares e incluso algunas facciones de los militares, mataban sin compasión, ya se fuera pobre, rico, indio o blanco. De hecho esta organización -que es sólo una de las muchas del Continente que antaño combatían contra los narcotraficantes que explotaban a los campesinos, y luego les dieron apoyo y protección a cambio de dinero para financiar sus "luchas" contra el estado-, ahora exige dinero a los cárteles de la droga para dejarles seguir con el negocio (Ortiz, 1999). Y los campesinos, atrapados entre Sendero Luminoso y las fuerzas armadas -incluido el entonces activo cuerpo paramilitar del APRA, el despiadado comando Rodrigo Franco- eran y son víctimas de frecuentes matanzas, cuya autoría siempre se adjudica al contrario (Torres, 1996: 150).

No es extraño que la degradación moral afecte a todos los órdenes de la vida si la barbarie penetra por todos los rincones. Como ocurre en Colombia, en cuyas tierras verdes y fecundas que están en manos de unos pocos, ni los ricos se salvan de sus efectos y a los niños en las escuelas les enseñan a hacer simulacros de salvamento ante el temor de que los secuestren. O en Guatemala, cuyo famoso departamento del Quiché, mantenido en aislamiento de forma deliberada por las fuerzas de seguridad, era la tierra en donde se perpetraban gran parte de las matanzas sistemáticas de campesinos e indígenas (Reverte, 2000: 385-397). Los indígenas guatemaltecos, de origen maya, que son más del 50% de la población, sufrían la violencia del Ejército -que se definía a sí mismo como "el defensor del pueblo"- y la de la clase dominante dedicada a la exportación agraria, principal actividad del país, y que mantenía a los indios en régimen de semiesclavitud. En este caso la pobreza y la barbarie se refuerzan mutuamente; muchos militares eran también dueños de la tierra y pasaron de proteger la riqueza a ser socios en el negocio (Torres, 1996: 306-307). Los guardianes de la ley, frecuentemente, abusan de su autoridad ejerciendo como actores principales de la barbarie. La sinrazón que acompaña a la violencia adquiere vida propia.

Sin embargo, no es necesario hablar de la parte "física" de la barbarie para que ésta exista. Otro tipo de oprobio, menos visible por ser más sutil, está en buena parte de América. Los excesos del capitalismo salvaje, desprovisto de corazón y embebido de su propio discurso de eficacia, se ocultan tras el rostro de los tecnócratas que reducen la vida de las gentes de aquel continente a resultados macroeconómicos y ecuaciones econométricas. La periodista denuncia sus abusos, cometidos rigurosamente sobre los ya depauperados pueblos americanos, y condena a la América del mercado libre y de la especulación, que se había iniciado en el Chile de Pinochet bajo la tutela de los economistas de la Escuela de Chicago. Cree Torres que el capitalismo salvaje había dado origen a un saqueo sólo com-

parable al que presidió los primeros tiempos de la conquista, y en la actualidad la desigualdad ya no es la principal consecuencia de una determinada política económica, sino su principal premisa (1996: 256). Esta falta de equidad es tan bárbara como las formas más visibles de abuso pues en ella se manifiesta nítidamente la pérdida absoluta de contenido por parte de una palabra usada en vano: civilización.

La ausencia de civilización se manifiesta cuando los bárbaros permanecen incólumes. No son pocas las veces en las que los explotadores se convierten en miembros respetables de la sociedad, como ha ocurrido con no pocos de los centuriones al servicio de las juntas militares en el Continente¹⁷. Y Maruja Torres, como Kapuscinski, observa la historia y participa en ella al denunciarla. Refleja el mundo en el que vive, más allá de las instituciones. Si estos ignominiosos vuelven del revés el sueño americano, la periodista lo relata para que no desaparezca del todo el derecho que todo hombre tiene a la justicia. En la América de Maruja Torres se padece todavía la opresión, que se ceba, como siempre ocurre, en los menos afortunados. La violencia del mundo -que parece estar a raya en nuestras confortables naciones- campa a sus anchas en algunas tierras trasatlánticas.

5. A modo de conclusión

Cuando un periodista escribe de lo visto y vivido en sus viajes se dedica a describir pormenorizadamente la vida cotidiana de los lugares que visita y a interpretar los hechos. Hasta aquí, hace lo mismo que cualquier otro periodista. Sin embargo, el buen periodismo de viajes -que se remonta a tiempos pretéritos en los que los mitos, las leyendas y los héroes formaban parte de los relatos que hablaban de tierras ignotas (Rivas, 2004)- emplea disciplinas como la Historia y la Geografía en su composición, primordiales ambas para los fines que persigue.

Cuando Maruja Torres escribió *Amor, América* hizo un largo viaje por Iberoamérica en el que lo importante era reflejar la América de todos los días, la oculta, la que vive cada día con lo poco que tiene (Rivas, 2005). Lo político, que adorna el relato, está al servicio de mostrar lo que no suelen enseñar diariamente los periódicos. Y lo consigue, pues sus atinadas observaciones reflejan lo mismo que los sesudos estudios dedicados a asuntos semejantes -verbigracia, la violencia del Perú, el trato dado a los indígenas en Chile por el régimen de Pinochet, el expolio de la riqueza natural de Bolivia o el peligro constante en el que viven los ciudadanos en Colombia-. De ahí que tenga sentido hablar del texto de viajes como fórmula útil y habitual de la información internacional. No en vano, el texto de viajes es un reportaje sociológico, un estudio descriptivo-interpretativo de una sociedad, una población o un país (Rivas, 2005).

Los libros de viajes, al igual que hicieron las obras escritas por los ilustrados, contribuyen a civilizar a las sociedades al aportar conocimiento sobre “los otros”. Rompen los tópicos y ayudan a construir sociedades más cabales porque permiten aprender de los demás y de uno mismo. Logran que el ciudadano, categoría democrática por definición, esté más cerca de la verdad al eliminar barreras mentales y aumentar su sabiduría (Rivas, 2005). Y en *Amor, América*, que se escribió tras recorrer el Continente siguiendo el estilo de Paul Theroux, pero -dice Torres- al modo español, “de sur a norte, en tren, sin quejarse por la falta de comodidades, sin arrogancia cultural y sin ir a ver a Borges, que, por cierto, ya estaba muerto” (2004), todo lo dicho se pone de manifiesto con comprensión, con compasión y con amor por el detalle. Lo cotidiano, lo anecdótico y lo circunstancial forman parte también de la vida y, con frecuencia, son más útiles para entenderla que las grandes ideas y los hechos relevantes. Por eso la autora se atrevió a decir que al escribir de la Colombia en guerra, o en plena persecución de Pablo Escobar “no se puede dejar de ver que crecen orquídeas en los árboles” (2004).

Referencias

- Colombo, F. (1997). *Últimas noticias sobre el periodismo. Manual de periodismo internacional*. Barcelona: Anagrama.
- Comblin, J. (1979). *Dos ensayos sobre seguridad nacional*. Santiago de Chile: Arzobispado de Santiago - Vicaría de la Solidaridad.
- Díaz del Castillo, B. (1928). *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de Nueva España*. Madrid: Espasa Calpe.
- Hobsbawm, E. (1998). *Historia del siglo XX: 1914-1991*. Barcelona: Crítica.
- Kapuscinski, R. (2003). *Los cinco sentidos del periodista*. México D.F.: Fundación para el Nuevo Periodismo Latinoamericano-Fondo de Cultura Económica.
- Kapuscinski, R. (2004). *El mundo de hoy*. Barcelona: Anagrama.
- Manrique, N. (1993). Violencia en el Perú: el caso de Sendero Luminoso. *Antropología. Revista de pensamiento antropológico y estudios etnográficos*, 6, 5-37.
- Ortiz, R. (1999). Ecuador-Perú: acuerdos para una paz definitiva. Colaboraciones, en Grupo Español de Estudios Estratégicos (GEES). Extraído el 20 de marzo, 2006 de <http://www.gees.org/articulo/119/>
- Reverte, J. (2000). *Billete de ida. Los mejores reportajes de un gran viajero*. Madrid: Santillana.
- Rivas, P. (2005). *Periodismo de viajes del último tercio del siglo XX* (tesis doctoral inédita). Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca.

Rivas, P. (2005). Hombres y naciones en marcha. Reflexiones sobre la emigración, la globalización y el orden democrático. En Galindo, A. & Pena, M. A. (Eds.), *Inmigración y universidad* (pp. 75-95). Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca.

Roedelsperger, D. (1981). *L'Univers mental de la torture*. Toulouse: Privat.

Sarmiento, C. (2000). *Los excluidos*. Barcelona: RBA.

Sebrelli, J.J. (1992). *El asedio a la modernidad. Crítica del relativismo cultural*. Barcelona: Ariel.

Smith, A. (1960). *The Geopolitics of Information. How Western culture Dominates the World*. London: Faber & Faber.

Todorov, T. (1987). *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI.

Torres, M. (1996). *Amor, América*. Madrid: Alfaguara.

Verdugo, P. (1989) *Los zarpazos del puma*. Santiago de Chile: CESOC.

Notas

(1) Dice Maruja Torres que desde los años ochenta el lugar del mundo que ocupa su corazón es Beirut; pero cuando la situación era tan cruel en Oriente Próximo, especialmente durante la barbarie de la guerra del Líbano, América era una especie de descanso para ella. La muerte de Juanxto Rodríguez, su fotógrafo, durante la invasión estadounidense de Panamá en 1989 borró la dureza del Líbano.

(2) Los viajes no se miden en kilómetros, sino en hondura y tiempo de vida; se reconstruyen con los recuerdos y con la recuperación de las emociones pasadas.

(3) Hay muchas leyendas hermosas en la América indígena. Los chilotes, por ejemplo, atribuyen la formación del lago Llanquihue al llanto eterno derramado por Quitralpique, cuando el corazón de su prometida, la princesa Licarayen, la más bella entre todas, tuvo que ser entregado al Osorno para aplacar al poderoso dios que habitaba en lo alto del volcán. Un cóndor fue quien lo dejó en él.

(4) La explotación no lo es sólo de las personas, sino también de la naturaleza. Las compañías japonesas, por ejemplo, se están llevando la madera de los bosques del sur de Chile, incluido el canelo, el árbol sagrado de los mapuches. Y a dañar el medio ambiente contribuyen también los campesinos, que mutilan la naturaleza. Cuando el terreno se degrada los árboles que vuelven a crecer son menos variados y para que la naturaleza sea útil al hombre necesita una nueva explotación más planificada, que supone a su vez créditos, programas y dinero.

(5) La naturaleza y la vida son, a veces, tan duras en América, que los occidentales comprenden en sus carnes el porqué de actos que en Occidente se escamecen. Maruja Torres, por ejemplo, en la puna boliviana chupaba hojas de coca haciendo un acullico en su moflete, tal como le enseñaron los indígenas, para resistir la dureza de la altura y del clima.

(6) Este país no sólo es blanco, nuevo y cristiano, como suele decirse. También es indio y mestizo, aunque oficialmente apenas se reconozca este carácter. De hecho, los aborígenes reforzaron su cultura con las aportaciones de Paraguay, por el este, y de Chile, por el oeste.

(7) Uno de los problemas de los indígenas es el alcoholismo, factor determinante de la explotación. Hay que acabar con el primero para poder hacer frente a la segunda.

(8) Las mujeres cruzan las fronteras y compran mercancías diversas -arroz, utensilios de cocina, medicinas...- para revenderlas en el lugar en el que viven. El beneficio que obtienen les permite vivir. Las transportan ilegalmente, es decir, se dedican al contrabando; pero es a pequeña escala -de hormiga- y dedicado casi en exclusiva a productos de primera necesidad, que son los que tienen una más fácil venta.

(9) Y la historia de los trenes es poética en ocasiones; Pablo Neruda, hijo de un conductor de tren lastrero -los que cargan la gravilla que se pone junto a los raíles para que el agua no se los lleve- decía de ellos que eran "marineros en tierra".

(10) Las vías no llegaban más allá de las zonas de las que se podía extraer beneficio. En la actualidad ocurre lo mismo con otro tipo de vías de comunicación, como las carreteras.

(11) Muchas veces las estadísticas los denominan jóvenes, que es una forma de enmascarar la realidad.

(12) Y aun así los indígenas mantienen su orgullo. Una hermosa anécdota que relata Torres lo refleja. María, miembro directivo de Conavigua, organización que reúne a las viudas de las víctimas de la violencia, le dijo a la periodista, a propósito del trato que les daban las gentes para las que ella y los suyos trabajaban, lo siguiente: "Dormimos en el establo, como los animales, aunque a ellos los tratan mejor". Y añadió, con una breve sonrisa orgullosa: "Pero, aunque no quieran, nosotros sabemos que los hijos de los mayas somos gente".

(13) Por ejemplo, la tortura. Las formas eléctricas de tortura son clásicamente iberoamericanas. Es interesante al respecto, por ejemplo, la obra *L'Univers mental de la torture*, de Denise Roedelsperger.

(14) Desde inicios de la dictadura no había habido tanta violencia.

(15) Cuando la periodista entrevistó a la esposa de uno de los miembros de la Junta Militar, una de las Damas del Voluntariado que dirigía un centro de caridad en Santiago de Chile, vio su insolencia y su frivolidad. Unas palabras de Maruja Torres lo aclaran: "A Liliana Toro de Stange [...] le habían tocado, en la distribución de pobres, los huérfanos -cuyo número tanto contribuyó el régimen a aumentar- y los niños irregulares, y fue en aquella oficina trufada de policías vestidos de civil en donde, sin pedirme credenciales y aceptando sin recelo mi esgrimida condición de cronista española de la alta sociedad, la mujer me explicó cómo se lavaba el cerebro a los hijos de los rotos -así designa a los

pobres la clase alta chilena-, pues puede imaginar la ideología que esa gente les inculca". Todo me lo contó Liliana mientras acariciaba, confiada, mi chaquetón (...) "Acá no se encuentran visones tan lindos".

(16) Cualquier persona con la que habló en el Perú quedaba marcada y los militares se encargaban de eliminarla. Saúl, un líder sindical minero de origen indio que denunció ante ella las violaciones de derechos humanos, murió poco después de hacerlo, torturado y, posteriormente, despedazado .

(17) Por ejemplo, Alfredo Astiz, oficial del ejército argentino durante los tiempos de las Juntas Militares, que se integró en las Madres de la Plaza de Mayo supuestamente para ayudarlas en su tragedia y a quien éstas llamaban El Ángel Rubio por su angelical aspecto, y cuya misión era espiarlas para informar a las autoridades de sus actividades.